



EL ASCENSO DE CHINA Y EURASIA

中国崛起与欧亚地区

GABRIEL E. MERINO

加布里埃尔·E·梅里诺

INTRODUCCIÓN

A 100 años del nacimiento del PCCH y pasadas las siete décadas de la revolución nacional y social de 1949 que terminó con el “siglo de humillación” iniciado en las Guerras del Opio, es central analizar el impacto del ascenso de China en el mapa del poder mundial y específicamente en el continente Euroasiático.

En general, desde el campo de las relaciones internacionales se entiende por Eurasia al espacio postsoviético o específicamente a Asia central. Esto está en estrecha relación a la hegemonía estadounidense de la posguerra y de su traducción en la construcción disciplinaria de las relaciones internacionales, que no sólo procuró distanciarse de sus obvias raíces en la geopolítica clásica y la geografía política, eli-

中国
共产
党百
年
1921
2021

minando sus análisis más profundos sobre el poder y el espacio en la escala mundial, sino que incluso eliminó una de las categorías centrales de ese pensamiento, la de Eurasia, reconvirtiéndola en una mera referencia cartográfica y un departamento en los centros de investigación. Ello resulta paradójico, ya que una constante fundamental de la geoestrategia angloamericana y de sus elaboraciones analíticas es la cuestión euroasiática y el dominio de dicha masa socio-territorial, de lo que se desprende una política permanente de evitar las tendencias centrípetas autónomas y procurar su división. Es por ello que, a pesar de haberse producido dicho desplazamiento conceptual, hoy Eurasia retorna al centro analítico, algo propio al momento de transición histórica-espacial mundial y reconfiguración del mapa del poder mundial que estamos atravesando.

Gran parte del pensamiento geopolítico contemporáneo tiene como uno de los pilares fundamentales la centralidad del *continente* Euroasiático, que comprende desde Lisboa a Vladivostok y del Ártico al Océano Índico. Amerita ese lugar el hecho de representar el 37% de la superficie terrestre o que sea el espacio en donde se encuentra la mayor cantidad de habitantes del planeta (72,5%) y buena parte de sus principales civilizaciones históricas y entidades culturales contemporáneas. Además, en dicha región se encuentran actualmente tres de los cuatro núcleos de la economía mundial: China (con un PIB nominal de 14,34 billones de dólares según el Banco Mundial con datos de 2019), Europa Occidental (Eurozona 13,34 billones) y Japón (5,08 billones); y sólo en Asia se produce el 52% del PIB industrial mundial. De 2001 a 2011, antes del lanzamiento de Belt and Road Initiative (BRI) el volumen de comercio de China con Asia Meridional y Occidental aumentó más de 30 veces (el comercio exterior total de China aumentó 7 veces durante el mismo período), y la proporción del comercio exterior total aumentó del 2% al 9%; en los últimos 7 años, el comercio entre China y los países árabes. La cantidad es superior a la tasa de crecimiento promedio del comercio exterior de China en un 10%, lo que muestra la necesidad y el enorme potencial del "avance hacia el oeste" económico

de China (Wang, 2012). Y ello continuó creciendo de forma constante hasta la actualidad.

Eurasia es el escenario central de multipolaridad relativa en desarrollo, que forma parte de la crisis del orden mundial contemporáneo y del quiebre de la hegemonía anglo-estadounidense. Es en el espacio euroasiático en donde se despliega el ascenso de China, la gran potencia/cultura re-emergente que modifica el escenario mundial y expresa el ascenso más general de Asia Pacífico e Índico; observamos la creciente influencia de Rusia, con su poderío político-militar, su inmensidad territorial y sus enormes recursos naturales; vemos el desarrollo de la eurozona (o el eje germano-francés) que continúa en la rugosa senda de la construcción de un Estado continental, todavía inconcluso y bajo la subordinación estratégica de Washington. También es en este continente en donde se encuentran Estados importantes como la India (cuya proyección prevé que será un jugador fundamental en las próximas décadas del siglo XXI), Japón (país clave del Norte Global y de Asia Pacífico), Irán, Turquía o Indonesia.

La mirada a través del prisma estatal debe analizarse de forma articulada con otros prismas para elaborar una visión más completa y compleja e ir más allá de la punta del iceberg en que se expresa un fenómeno. En este sentido, no puede reducirse la dinámica Euroasiática a la descripción de las relaciones interestatales de cooperación y enfrentamiento, y de forma particular a analizar el conflicto entre China y Estados Unidos, la puja por la primacía en Eurasia y sus distintas manifestaciones. No sólo porque dicho análisis bipolar deforma una dinámica mucho más compleja, sino porque dichas relaciones interestatales se comprenden y son comprendidas a partir de analizar contradicciones fundamentales de la transición contemporánea: la puja entre el denominado Norte Global y Sur Global o entre el núcleo orgánico del capitalismo mundial y las semiperiferias emergentes que impulsan un nuevo reparto del poder y la riqueza mundial; la puja entre distintos órdenes mundiales e institucionalidades en curso; las luchas

de clases que se desarrollan en cada territorio y que forman parte fundamental del contenido de las pujas interestatales, junto con las luchas identitarias, culturales y de liberación nacional; la contradicción entre modos de producción y modelos de desarrollo que coexisten en la economía mundial, que se profundiza a medida que se acelera el ascenso de China y el desarrollo de sus fuerzas productivas bajo el paradigma del socialismo de mercado frente a la crisis del capitalismo financiero neoliberal comandado por Estados Unidos.

A comienzos del siglo XXI, con el ascenso de China y el desarrollo de relaciones clave en Eurasia –especialmente el acercamiento a Rusia– se observa el fortalecimiento de tendencias continentales centrípetas en dicho continente y el debilitamiento de las tendencias centrífugas, lo cual tiende a modificar de forma a estructural el mapa del poder mundial en todas sus dimensiones. Esta idea, que se desarrollará en el presente trabajo, se observa desde diferentes perspectivas. Serbin (2019, p. 10) sostiene que no se presta la atención suficiente a la emergencia y progresiva consolidación de un nuevo centro de gravitación global –la Gran Eurasia, donde confluyen y se conjugan factores de poder tradicionales y poderes emergentes– y que es necesario tener presente una mirada más compleja o un “gran cuadro” de las tendencias mundiales que hacen a la actuación de estos actores y que se encuentran generando cambios estructurales decisivos en el sistema internacional, a partir del debilitamiento relativo de Occidente y de su dominación global; del ascenso estratégico de los países no occidentales, y de la consolidación de Eurasia como un centro de poder alternativo en el siglo XXI.

Desde visiones críticas con China y cercanas a los intereses geopolíticos anglo-estadounidense la preocupación por la influencia de Pekín en Eurasia y su “giro” hacia el oeste es creciente –lo cual es cada vez más extendido a medida que Pekín eclipsa el dominio occidental y sigue un camino alejado al que le había impuesto el Norte Global en la división internacional del trabajo y en la jerarquía interestatal. Yixiao

Zheng (2020), del departamento de Relaciones Internacionales de la London School of Economics and Political Science, afirma que la masa terrestre euroasiática está recuperando su prominencia en la diplomacia china en la actualidad, fundamentalmente desde el advenimiento de Xi Jinping, a partir del cual el abrazo de China al continente euroasiático se ha convertido en un fenómeno geopolítico muy discutido e importante. Este protagonismo creciente de Eurasia, que sin duda está vinculado a la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), y el discurso continentalista es generado por una agenda expansionista, según este autor que insiste con este punto, y tiene como objetivo promover y reforzar esa agenda al remodelar la cultura geopolítica de China (Zheng, 2020)

Por otro lado, Wang Jisi, decano de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad de Pekín y uno de los intelectuales que promovió el reequilibrio de la política exterior china para mirar más hacia el oeste, explicaba en un artículo en el periódico chino Global Times (2012) que a partir de la administración Obama en Estados Unidos se desarrolló la idea de un "reequilibrio estratégico" con el tema de "volver a Asia-Pacífico" y, a su vez, las principales fuerzas globales como Rusia, India y la Unión Europea también ajustaron sus geoestrategias, la competencia geopolítica y geoeconómica de los grandes países se volvió cada vez más feroz. Para Wang cuando el enfoque estratégico de Estados Unidos es moverse hacia oriente y Europa, India y Rusia también están mirando hacia oriente, China, que se encuentra en el centro de la región de Asia Pacífico, no debe limitar su visión a las zonas costeras y en los tradicionales competidores y socios, sino "ir hacia el oeste". En dicho artículo Wang también advertía que Estados Unidos ya estaba jugando "el primer paso". En el otoño de 2011, la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, promovió repetidamente el plan de Estados Unidos "Nueva Ruta de la Seda", que tenía como objetivo establecer una red económica y de transporte internacional centrada en Afganistán, que conecte Asia Central y del Sur y se extienda a Oriente Medio, mientras que los objetivos a corto plazo estaban relacionados con la forma en que Estados Unidos salvaguar-

daba sus propios intereses en su plan de retirada militar de dicho país. Diez años después y luego del anuncio de la administración Biden de retirar definitivamente las tropas de Afganistán en el mes de septiembre, podemos apreciar con claridad qué planes avanzaron y cuáles no.

La propuesta del presente trabajo es observar y analizar el avance de las fuerzas centrípetas autónomas en Eurasia y los procesos de articulación continental, con sus implicancias geopolíticas, en relación el ascenso de China. Para ello se hará una breve introducción al pensamiento geopolítico sobre Eurasia, se analizarán las implicancias del establecimiento de la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS) y el inicio de una nueva era en el mapa del poder mundial, se observarán algunas claves del desarrollo del Belt and Road Initiative (BRI) y, por último, se examinará el impulso dado por China y Rusia para avanzar hacia una Asociación Euroasiática Integral.

EURASIA EN EL PENSAMIENTO GEOPOLÍTICO

El inglés Halford Mackinder fue una de las principales voces de fines del siglo XIX en poner en relieve la centralidad de Eurasia en la geopolítica, así como el hecho de pensar el continente de forma unificada. Con su visión del *Heartland* –el corazón territorial de Eurasia inaccesible al poder del mar de forma directa– y su teoría sobre el pivote geográfico, elaboró la fórmula según la cual quien domina el *Heartland*, reina en la 'Isla del Mundo' de Eurasia; y quien domina la 'Isla del Mundo', gobierna el mundo entero. Para dominar el *Heartland* resulta crucial dominar la región pivote, de allí que, en la mirada intelectual del “imperio de mar”, se vuelva un imperativo estratégico la necesidad de mantener divididas a Europa occidental y Rusia, o también impedir que un Estado fuerte de Asia Pacífico se haga de control del *Heartland*. En este sentido, Mackinder afirmaba que:

la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la

posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses llegaran a vencer al Imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de las que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la ‘región pivote’ (Mackinder, 2010 [1904]).

Mackinder formaliza un discurso fundamente del “atlantismo” y el Occidente geopolítico (Merino, 2016), que hoy vuelve a estar cada vez más presente. Para el autor británico, la historia europea es indescifrable sin la historia de Asia y su amenaza constante que forja su identidad y la unifica: “contemplan Europa y la historia europea como subordinada a Asia y la historia asiática, pues la civilización europea es, en un sentido muy real, el resultado de la lucha secular contra la invasión asiática” (Mackinder, 2010, p. 304). De esta forma, Europa occidental aparece ante todo como el resultado de la lucha de un enemigo común proveniente de Asia y sus estepas.

Para Mackinder, a partir de los desarrollos tecnológicos del siglo XX, especialmente los ferrocarriles transcontinentales y la pérdida de poder que esto representa para los “imperios de mar”, la amenaza de una Eurasia gobernada por una potencia continental vuelve a estar presente. Mackinder pone este proceso en perspectiva histórica y define que estos cambios significan el fin de la era “colombina”, caracterizada por el avance en el dominio mundial de Europa occidental a partir de la ventaja obtenida con el desarrollo de las tecnologías navales para el control de los océanos que envuelven Eurasia y permiten el control del comercio y la conquista y/o subordinación político-militar de las principales civilizaciones –imponiendo una primacía de la “ruta de las especies” marítima por sobre la “ruta de la seda” terrestre que vertebraba Eurasia. Una nota interesante para poner en crisis cierto determinismo del pensamiento de Mackinder y que hoy predomina en Occidente, es que la capacidad naval china en el siglo XV era muy superior a la Europea (probablemente esto no era conocido por Mackin-

der), pero la diferencia fundamental es que ello no se combinaba con una voluntad imperialista de conquista.

Otras de las voces destacadas de la geopolítica clásica, pero desde intereses contrapuestos a los de Mackinder, es la del alemán Karl Haushofer (1869-1945), un propulsor del Eurasianismo como política estratégica de Alemania. Este quería unir lo que aquel, expresando la política imperial británica, procuraba dividir. Haushofer promovía una alianza con Rusia –un bloque continental o *Kontinentalblock*– y también con Japón –el actor emergente por excelencia en Asia Pacífico a fines del siglo XIX y principios del siglo XX– con el objetivo de terminar con la superioridad del “imperio de mar” (Reino Unido) en favor de los imperios de tierra (Alemania y Rusia, convertida luego en la URSS). Pero el imperialismo alemán desoyó a Haushofer tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda. En su segundo intento por avanzar hacia la primacía mundial, rompió el pacto Mólotov-Ribbentrop en 1941 y se lanzó a la conquista del *Heartland* apostando a la derrota de la URSS una vez dominada Europa continental, lo que le daría la primacía en Eurasia. Los soviéticos combatieron contra 200 divisiones alemanas (Estados Unidos sólo llegó a enfrentar 10 en el frente occidental) y tuvieron el escalofriante saldo de 27 millones de muertos, pero finalmente vencieron. Fue a causa de la URSS, principalmente, que Eurasia no pudo ser dominada por Alemania y erigirse como nueva potencia dominante.

Terminada la Segunda Guerra Mundial y con el control por parte de la URSS de Europa del Este y de parte de Alemania, Estados Unidos (el nuevo centro del “imperio de mar”) estableció un conjunto de posiciones alrededor del territorio dominado por los soviéticos: Alemania, Italia, Turquía, Corea del Sur y Japón. Ello obedecía a una estrategia de contención, formalizada por George F. Kennan, que se basaba en el control de la periferia del continente o el “cinturón interior”. Esto implicaba rodear la isla-continente o isla mundial y mantener a partir de allí la superioridad y hegemonía del “imperio de mar”. Obviamente,

ello estaba necesariamente ligado a la primacía tecnológico-productiva, comercial y financiera de Estados Unidos y la primacía de sus corporaciones multinacionales, en una nueva fase de expansión capitalista mundial. A partir de estas nuevas realidades geoestratégicas es que Nicholas John Spykman desarrolló una reformulación de la teoría: la centralidad se encuentra en el *Rimland* de Eurasia (cinturón interior accesible al poder naval y en donde se encuentran las grandes masas poblacionales del continente). La fórmula pasó a ser: quien controla el *Rimland* domina Eurasia y, por lo tanto, establece la primacía mundial. Después vendría la regionalización propuesta por Samuel Cohen y distintas críticas al pensamiento de estilo mackinderiano/haushoferiano. Pero las claves de este pensamiento geopolítico y geoestratégico, así como la constante centralidad euroasiática estarían lejos de desaparecer. Además, lo que incorporaban estas actualizaciones era una cuestión central para el establecimiento de una hegemonía que es el predominio económico (tecnológico, productivo y financiero). Para Kennan, contar con tres de las cuatro áreas económicas centrales del mundo era un aspecto central de la estrategia de contención, de ahí el diseño hegemónico que hacía de la reconstrucción y el desarrollo de Alemania/Europa Occidental y Japón una cuestión clave.

La caída de la URSS renovó este pensamiento en el mundo anglosajón y occidental, pero también mantuvo algunos de sus elementos centrales entre sus principales representantes. Uno de estos elementos es, como se dijo, la centralidad de Eurasia. Según observa Brzezinski, en el famoso libro *El gran tablero mundial* publicado en 1997 –en pleno auge del denominado mundo unipolar y en la *belle époque* del proyecto de globalización financiera neoliberal– la “primacía global de los EE.UU. depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente pueda mantener su preponderancia en el continente euroasiático” (Brzezinski, 1998, p. 39). En este sentido, un imperativo geoestratégico central para la primacía imperial estadounidense, según Brzezinski, es asegurarse que ningún Estado o ningún grupo de estados obtengan la capacidad de expulsar a Estados Unidos de Eurasia o

limitar su papel de árbitro. Para ello, resulta clave mantener el control estadounidense de la periferia occidental y oriental de Eurasia, donde se encuentran las principales regiones económicas del mundo junto con la norteamericana, así como evitar cualquier alianza contra-hegemónica en la “isla-mundial”, manteniendo su fragmentación:

Si la región sur no queda sujeta a la dominación de un único jugador y si el este no se unifica de una manera que conduzca a la expulsión de los Estados Unidos de sus bases costeras, entonces puede decirse que los Estados Unidos prevalecerán. Pero si el espacio medio rechaza a Occidente, se convierte en una única entidad activa y, o bien se hace con el control del sur o establece una alianza con el principal actor oriental, entonces la primacía estadounidense en Eurasia se reducirá considerablemente. Lo mismo ocurriría si los dos principales jugadores orientales se unieran de alguna manera. Por último, el supuesto de que sus socios europeos expulsaran a los Estados Unidos de su base en la periferia occidental pondría fin, automáticamente, a la participación estadounidense en el juego sobre el tablero euroasiático, por más que ello llevaría también, probablemente, a la eventual subordinación del extremo occidental a un jugador revitalizado que ocuparía el espacio medio (Brzezinski, 1998, p. 43).

También desde Rusia hubo una renovación del pensamiento geopolítico que retomó las fuentes mencionadas y la centralidad de Eurasia, siendo el eurasionismo un concepto muy importante que se desarrolló en los tiempos de la Rusia imperial, con distintas perspectivas. Un ejemplo es el libro de Alexandr Duguin *Fundamentos de la Geopolítica* (1997), coincidente con el año de publicación de la obra de Brzezinski y en un contexto de profundo declive de Rusia, luego de la caída de la URSS. En esta obra hay un rescate de la perspectiva de Karl Haushofer, especialmente en la necesidad de construir un nacionalismo euroasiático, opuesta al nacionalismo étnico-cultural eslavófilo que llevaría a un enfrentamiento con sus vecinos y generaría tensiones en la multiétnica Federación Rusa. Por supuesto, el eurasionismo también se opone ante todo liberalismo pro-occidental y a los “imperios de mar”, pero también al viejo comunismo soviético. Para Duguin el nacionalismo euroasiático implica, en tanto geoestrategia,

la búsqueda de alianzas entre Rusia y sus vecinos al Oeste y al Este –es decir– principalmente la Alemania y Japón, proponiendo también al Sur islámico y a la India una forma de la colaboración geopolítica. Según el autor, todo esto es realizable teóricamente por una razón: las tendencias anti-estadounidenses o anti-hegemónicas que están presentes en dichos países. Para Duguin (1996, p. 7):

Los nacionalistas eurasiáticos (...) no creen que los Estados Unidos dejarán a las civilizaciones alternativas renacer en la época post-bipolar por una evolución natural; y consideran como factor fundamental el dualismo geopolítico –la Tierra y el Mar, el atlantismo y el eurasiatismo, la isla y el continente– descubierto por Mackinder, Mahan, Haushofer, Savicky, etc.

Si en la década de 1990 Japón era visto como el actor central de Asia Pacífico, veinte años después en dicho lugar va a aparecer China. Lo central es que esta visión, aún con matices y discusiones, va a crecer fuertemente en Rusia, especialmente a medida que la OTAN y la UE lleguen a sus fronteras y avancen en la disputa por el control del espacio pos-soviético.

Para autores chinos como Zhao Huasheng (2018), el eurasiatismo es la base teórica de la política exterior de Rusia y la Gran Asociación Euroasiática se considera un reflejo de esta teoría. Este señala que más allá de las divergencias dentro de las diferentes escuelas del neoeurasiatismo, todas tienen algunos puntos en común: primero, apoyan la integración de Eurasia; apoyan los principios rectores de la política exterior de la administración rusa; defienden la naturaleza ontológica de la civilización euroasiática; y se oponen al posmodernismo. Pero este autor también analiza dos cuestiones interesantes. Primero, que el proyecto de Gran Asociación Euroasiática en el que avanzan China y Rusia junto a otros actores, ha dado a luz al concepto de Gran Eurasiatismo, muy distinto al del Eurasiatismo clásico. En segundo lugar, destaca que todavía la percepción dominante de China de Eurasia generalmente se refiere todavía a la región que alguna vez estuvo ocupada por

la ex Unión Soviética y que China aún no ha formalizado un concepto fijo de Eurasia, y mucho menos de la Gran Eurasia (Zhao Huasheng, 2018). Sin embargo, esto puede entrar en contradicción con la cita que hicimos de Wang (2012) anteriormente, es decir, evidentemente hay un proceso de elaboración teórica en China que emerge con la propia Iniciativa del Cinturón y la Ruta (BRI por sus siglas en inglés). Es decir, si bien no hay una inspiración eurasianista tan marcada como en Rusia en las iniciativas promovidas por China, o por lo menos ello no es explícito (Pizzolo, 2019), el avance de las mismas implica un eurasianismo de hecho al fortalecer los procesos de integración y las fuerzas centrípetas, con necesarias implicancias geopolíticas.

Wang Jisi (2012) propone su idea de reequilibrio de la política exterior y de avanzar “hacia el oeste”, retornar la idea de que el centro de gravedad económico y político de la antigua China, cuando era la principal civilización del planeta en su desarrollo económico, siempre ha estado tierra adentro. Recuerda, un año antes del lanzamiento de BRI, que la Ruta de la Seda que conduce a la parte occidental de Eurasia solía ser un puente importante que conectaba las civilizaciones orientales y occidentales y las actividades comerciales. Sin embargo, en los tiempos modernos, las potencias occidentales y Japón abrieron la puerta de China militar y económicamente, principalmente por mar. Desde entonces, las industrias modernas y las grandes ciudades se han concentrado en las zonas costeras. Y ello es lo que debe reequilibrarse, para lo cual la categoría de Eurasia resulta central.

LA OCS Y EL INICIO DE UNA NUEVA ERA EN EL MAPA DEL PODER MUNDIAL

En un texto importante titulado en inglés *Unrestricted Warfare* (Guerra Irrestricada), publicado en un año clave en el inicio de la actual transición geopolítica y escrito por dos coroneles del Ejército Popular de Liberación chino, Qiao Liang y Wang Xiangsui (1999), si bien no aparece directamente el concepto de Eurasia bajo una elaboración propia, sí hay una referencia central a la nueva forma de construcción

de poder en la etapa de globalización que pone como foco la cuestión supranacional y transnacional. En el texto vemos una cita directa al libro de Brzezinski (1998) en su análisis sobre Eurasia y a sus recomendaciones geoestratégicas para mantener la primacía estadounidense. Para estos autores, el nuevo modelo o nueva fórmula de poder es graficada del siguiente modo: “estado + supranacional + transnacional + no estatal”. Esta nueva fórmula trajo cambios fundamentales en la forma y en el resultado final de la guerra, incluso cambiando la naturaleza militar esencial de la misma, porque deja de estar centrada solamente en el Estado y la seguridad nacional debe resolverse en un ámbito más amplio. A partir de ahora, según los autores, las combinaciones supranacionales serán el arma más poderosa de un país para intentar lograr los objetivos de seguridad nacional y asegurar los intereses estratégicos dentro de un ámbito más amplio que el propio país. Observan que Estados Unidos, en ese momento la única superpotencia de clase mundial, es el mejor en el uso de combinaciones supranacionales “como si fueran un arma” y dicho país considera constantemente que las acciones de todas las organizaciones internacionales están estrechamente relacionadas con los intereses estadounidenses. “No importa si la naturaleza de la organización internacional es europea, estadounidense, asiática, para alguna otra región o mundial, Estados Unidos siempre se esfuerza por involucrarse en ella y manipularla” (Qiao y Wang, 1998, pp. 185-186). Dos años después de publicado este texto, en el que se evidencia un proceso de reelaboración estratégica que se estaba desarrollando en China, se institucionaliza definitivamente en 2001 la Organización para la Cooperación Shanghai (OCS), en cuyo núcleo se encuentra el acercamiento entre China y Rusia, como resultado de una “creciente visión –marcadamente convergente y crítica– sobre el orden mundial occidental y de la necesidad de desarrollar espacios de cooperación no necesariamente antioccidentales pero si no occidentales, en función de nuevos marcos normativos e institucionales” (Serbín, 2019, p. 54).

La caída de la URSS, la crisis y el declive de Rusia, la expansión de la influencia estadounidense y occidental sobre el espacio postsoviético, así como de otros jugadores como Turquía, las amenazas de seguridad que planteaban para China de tener la frontera oeste inestable y con creciente presencia de terrorismo islámico, o la necesidad de resolver cuestiones limítrofes claves en Asia Central para que no devengan en conflictos que involucren a China y a Rusia, que contaban con una importante historia al respecto, llevó a estas dos potencias a un proceso de acercamiento, trabajo en conjunto y cooperación a partir de 1996-1997, en el marco del grupo de los cinco de Shanghái. Justamente el año en que Brzezinski en el libro ya citado apunta a los “Balcanes euroasiáticos” de Asia Central como un “agujero negro”, parte de la gran zona de inestabilidad que incluye a Oriente Medio, y donde establece varias premisas geopolíticas y geoestratégicas:

- EEUU debe impedir el resurgimiento de un imperio euroasiático (Brzezinski, 1998, p. 99).
- Objetivo estratégico: desarmar el control ruso de la región, lo cual además de motivos geopolíticos tiene claros elementos de cálculo geoeconómico: si otros gasoductos y oleoductos cruzan el mar Caspio hasta Azerbaiyán y de allí se dirigen al mediterráneo a través de Turquía, y si alguno llega hasta Arabia a través de Afganistán, no habrá una única potencia que monopolice el acceso a los recursos (Brzezinski, 1998, p. 145).
- China se están convirtiendo en un Estado más avanzado y más dinámico que Rusia, lo cual trae consigo una inseguridad rusa en el lejano oriente y en Asia central.
- Hay varios jugadores importantes que buscan mantener o ganar grados de influencia en esa región: Rusia, Turquía, Irán y también China, ya que es fundamental en términos de transporte para conectar los dos extremos industriales de Eurasia y allí existen enormes reservas de gas, petróleo y minerales (Brzezinski, 1998, p. 130).

- Balcanes euroasiáticos 9 países: Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Azerbaiyán, Armenia, Georgia (todos parte de la ex-URSS) y Afganistán.
- Los Estados que merecen el mayor apoyo geopolítico de EE.UU. son Azerbaiyán, Uzbekistán y Ucrania. Todos ellos pivotes geopolíticos (Brzezinski, 1997, p. 153).

Frente a estas tendencias centrífugas en Eurasia y miradas intervencionistas, que iban de la mano con el avance de la globalización neoliberal, el Consenso de Washington y el mundo unipolar, China y Rusia acuerden construir una institución de seguridad conjunta llamada Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS), fundada finalmente en 2001, incluyendo a la ex repúblicas soviéticas de Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán. La integración de este último país es clave porque para buena parte de las élites estadounidenses este era un enclave geopolítico fundamental en su rediseño de la región. Como ya se dijo, la OCS es expresión de un nuevo momento en el mapa del poder mundial que se desarrolla entre 1997-2001 y establece el inicio de la transición geopolítica contemporánea, germen de la crisis del orden mundial y de la multipolaridad relativa. Hacia 1997 se desata la crisis del sudeste asiático y luego una ola de crisis (Rusia 1998, Brasil 1999, etc.) cuya resolución implica un avance de las redes financieras globales y de las transnacionales (especialmente estadounidense) sobre dichos territorios económicos, profundizando los procesos de desnacionalización y acumulación por desposesión, lo que desató una reacción político-social contra dicho proceso. En contraste, China recupera Hong Kong en 1997 y Macao en 1999, últimos grandes vestigios coloniales territoriales de occidente en su país, y comienza a mostrar ciertos límites a la política unipolar bajo comando de Washington.¹ Tres meses después de fundar la OCS y luego del

1 Además, China marca todo un hecho de reafirmación soberana al derribar un avión espía norteamericano en su territorio y tiene un posicionamiento contrario a la política de la OTAN en la ex Yugoslavia. Por su parte, en 2001 el gobierno de George W. Bush pone fin al encuadramiento geopolítico de “asociación estra-

ataque terrorista conocido como 11/S, Estados Unidos y aliados deciden, justamente, entrar en guerra en Afganistán, territorio sur de Asia central y punto clave desde el cual contener el incipiente eje de poder.



MEMBERS OBSERVERS DIALOGUE PARTNERS

FUENTE: WIKIPEDIA Y SITIO OFICIAL DE LA OCS ([HTTP://ENG.SECTSCO.ORG](http://eng.sectSCO.org))

La Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) es una organización euroasiática política, económica y de seguridad fundada en 2001. La Carta de la OCS se firmó en junio de 2002 y entró en vigor el 19 de septiembre de 2003. Actualmente (2021), la organización cuenta con ocho Estados miembros (China, Kazajistán, Kirguistán, Rusia, Tayikistán, Uzbekistán, más la India y Pakistán), cuatro Estados observadores (Afganistán, Bielorrusia, Irán y Mongolia), seis socios de diálogo (Armenia, Azerbaiyán, Nepal, Camboya, Sri Lanka y Turquía), y cuatro asistentes invitados (Turkmenistán, la CEI, la ASEAN y la ONU).

tégica en el siglo XXI” y pasa al de “competencia estratégica”. A su vez, la administración estadounidense comienza a ver muy negativamente la incipiente pero creciente influencia económica de China en América Latina. Al mismo tiempo avanza en su integración al sistema económico mundial a partir del ingreso a la Organización Mundial del Comercio.

Para autores como Pizzolo (2019) puede resultar simplista y sesgada la narrativa que observa a la OCS como un intento conjunto ruso-chino de contrarrestar las iniciativas geopolíticas de la OTAN y los EE.UU. en el continente euroasiático, ya que la OCS se concibió principalmente como un centro para la coordinación de aspectos específicos de la seguridad y la política económica y como un actor relevante para dar forma a la política y la seguridad regionales en Eurasia. Sin embargo, esta iniciativa no brota de la nada ni resulta entendible sin tener en cuenta la dinámica relacional con otros actores y estrategias o, en otras palabras, sin analizar los procesos geopolíticos y las relaciones de cooperación y enfrentamientos geoestratégicos que se expresan en las relaciones internacionales (con sus narrativas y discursos específicos). Aunque no se pueda reducir la OCS como una mera respuesta a Washington y el polo de poder anglo-estadounidenses (junto a los aliados europeos), esta es una dimensión clave sin la cual tampoco puede ser comprendida la OCS, a lo que también debemos sumar otro punto fundamental que son las tensiones entre China y Rusia, y la posibilidad de que estas escalen en Asia Central. Si hay algo presente para los líderes de la OCS es que ésta permitió mejorar la estabilidad en los países comprendidos tanto al evitar escalar las tensiones entre los miembros, como también establecer un frente común a las amenazas de actores externos que, según Aris (2013), han conspirado para provocar un cambio de régimen a través de la organización de actividades anti-régimen, como ocurrió en las "revoluciones de color" en Georgia, Kirguistán y Ucrania y en la "Primavera Árabe".

La semi-alianza entre China y Rusia que comienza a forjarse entre 1997-2001 y tiene como uno de sus puntos importantes que la OCS desequilibró, desde inicio de siglo XXI, la ecuación de poder que sostenía la retomada de la hegemonía estadounidense-angloamericana a partir de los años 80. La ruptura entre China y la URSS y la alianza de Pekín con Washington concretizada en 1972 cambió el mapa del poder mundial y estableció las bases geopolíticas tanto para la victoria estadounidense y el propio despegue económico de China, inserta como

semiperiferia industrial en la nueva división del trabajo “posfordista”, pero bajo un proyecto político estratégico autónomo.

Que hacia el año 2016 se sumen a la OCS nada menos que la India y Pakistán, lo cual se había definido en la cumbre de Tayikistán en 2014, mostró la capacidad de tracción de núcleo centrípeto que se está desarrollando en Eurasia y que se expresa en varias iniciativas. Además, en la OCS se encuentran como observadores Irán (que ha firmado en 2021 un importante acuerdo a 25 años con China), Afganistán, Bielorrusia y Mongolia, y aparecen como posibles futuros miembros Serbia, Birmania, Corea del Norte e Irán. La incorporación de India y Pakistán, posterior al conflicto de Ucrania, resulta un claro avance estratégico del eje China-Rusia, que profundizan los acuerdos de seguridad a partir de 2014, cuando a partir del conflicto en Ucrania se inicia una nueva fase de la crisis del orden mundial (Merino, 2016). En un artículo en *The Economist* titulado “Pax Sinica”, en el cual se analiza la cumbre de la OCS 2014 donde se anuncia la incorporación de India y Pakistán, se puede ver con claridad qué significa dicha institución emergente para una de las voces más destacadas entre los grupos dominantes del poder anglo-estadounidense: “(La OCS) en efecto, plantea un desafío al orden mundial encabezada por EE UU, pero uno mucho más sutil [...] China no es sólo un desafío al orden mundial existente. Poco a poco, desordenadamente y, al parecer sin un final claro a la vista, está construyendo una nuevo” (The Economist, 2014).

Como afirma Zhao Huasheng (2018), profesor del Centro de Estudios de Rusia y Asia Central de la Universidad de Fudan ubicada en Shanghái, la importancia estratégica de la OCS para China es innegable. Señala cuatro razones fundamentales:

- Permitted a China to construct and increase trust with the neighboring countries of the former Soviet Union, ensuring the security and peace of its extensive western border zones.

septentrional y permitiendo así concentrar fuerzas militares en las costas del Pacífico oriental y sudoriental del país.

- Ayuda a China a contrastar sus movimientos separatistas internos, principalmente en Xinjiang.
- La cooperación económica que persigue la OCS es beneficiosa para apoyar el programa de Pekín para el desarrollo de las regiones occidentales de China.
- La creación de una zona de estabilidad y desarrollo desde Asia Central hacia el sur de Asia, Eurasia y Oriente Medio creará un entorno favorable para la implementación de China de la “Iniciativa de la Franja y la Ruta”.

La OCS fue y es clave en el desarrollo Euroasiático de China en tanto rompe el lugar en el que Estados Unidos "posiciona" a China en su cartografía geopolítica, como un país del este de Asia, lo cual limita los horizontes estratégicos de Pekín y hace más efectiva la estrategia de contención de Washington, en un juego de suma cero (Wang, 2012). En ese diseño prima la ventaja estratégica de Estados Unidos, al encontrarse como una gran isla de dimensiones continentales protegida por dos océanos, sin amenazas fronterizas inmediatas, mientras China aparece rodeada por adversarios y encerrada en la geografía continental. El giro que comienza a dar China en el inicio del siglo XXI es romper dicho aislamiento y hacer de su condición de potencia marítima pero también terrestre una ventaja, en tanto pueda desplegarse hacia el oeste y contribuir al avance de las fuerzas centrípetas de Eurasia.

BRI: LA GRAN INICIATIVA DE INTEGRACIÓN EUROASIÁTICA DE CHINA

A partir de 2008-2009, con el lanzamiento de los BRICS y el avance de China frente a la crisis que golpeaba a Occidente, comenzó a ganar mayor centralidad estratégica y asertividad la política de contención en Washington, profundizando el cambio que había acontecido en 2001 bajo el gobierno de George W. Bush, cuando Estados Unidos

modificó la definición de la relación con Pekín de “asociación estratégica en el siglo XXI” al de “competencia estratégica” (Merino, 2020). Con el triunfo de Obama y el establecimiento de la geoestrategia “globalista”, el gobierno de los Estados Unidos definió como nueva clave geopolítica el giro hacia el Pacífico, destacándose la iniciativa del Tratado Trans-Pacífico (TPP) junto con la idea de establecer una alianza militar con similitudes a la OTAN en dicha región. Ello se correspondió con la declaración de Japón, tradicional aliado estadounidense, de su adhesión al TPP en marzo de 2013 y la reinterpretación de su constitución nacional habilitando, luego de 70 años, que las fuerzas armadas puedan intervenir en el extranjero.

La geoestrategia del TPP puede resumirse en las siguientes frases del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama: “Sin este acuerdo, los competidores que no comparten nuestros valores, como China, decretarán las reglas de la economía mundial”. “Cuando más del 95% de nuestros clientes potenciales viven más allá de nuestras fronteras, no podemos dejar que países como China decreten las reglas de la economía mundial” (AFP, 2015).² Por otro lado, la premisa de controlar Eurasia y contener a las potencias re-emergentes a través del control de las periferias de la isla mundial, fue complementada en el occidente con el impulso del Tratado Trans-Atlántico de Comercio e Inversión (TTIP) (Merino, 2018). A lo que debemos agregar el avance de la OTAN hacia Europa del Este, que se aceleró desde fines de los años 90 en plena unipolaridad –incorporando a Hungría, Polonia y República Checa en 1999; Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumania en 2004; Croacia y Albania en 2009– y que con la intención declarada por Ucrania en 2008 de adherir, al igual que Finlandia y Suecia, significaron la posibilidad de llegar a la frontera con Rusia y cercarla en su frente occidental. Esta situación es lo que se encuentra de trasfondo en el estallido de los enfrentamientos en Ucrania hacia noviembre de 2013 y abril de 2014 a partir de lo cual cambia la situa-

2 Discurso semanal a la Nación, AFP, 10 de octubre de 2015.

ción mundial y se perfila una nueva fase de la crisis, dando inicio a una guerra mundial híbrida y fragmentada (Merino, 2016). Recordemos que para el citado Brzezinski (1997), Rusia no podría ser un gran “imperio” euroasiático sin Ucrania y este autor añade que la influencia estadounidense en dicho país es un objetivo geopolítico de importancia central, algo que se observará con total claridad con la administración Obama.

En el año 2013, una vez que Japón firma el TPP y las estrategias de “contención” o cercamiento euroasiático de Estados Unidos y aliados cobran impulso, China, Rusia y otras potencias reaccionan, profundizando la contradicción entre, por un lado, las fuerzas unipolares que defienden el viejo orden mundial (más allá de sus importantes contradicciones “internas”) y, por otro lado, las fuerzas multipolares que buscan (bajo múltiples modos y proyectos) transformar el orden mundial, modificando las jerarquías interestatales y la división internacional del trabajo, para democratizar la distribución mundial del poder y la riqueza. Lo central es ver que esta contradicción, si bien aparece como parte de la puja interestatal, en realidad atraviesa de una u otra forma al conjunto de los territorios del sistema mundial.

Según observa Yonquang Li (2018), el orden económico mundial anterior ya no puede satisfacer las necesidades de los países desarrollados, los cuales cada vez más requieren nuevas reglas más adecuadas a sus intereses, como se refleja en el TTIP y el TPP. Sin embargo, los países desarrollados tampoco pueden monopolizar las reglas como lo hicieron antes, lo que se traduce en profundas presiones y enfrentamientos. Y también, agregamos desde nuestra perspectiva, la imposibilidad de imponer las reglas de juego y subordinar los territorios emergentes se convierten en un obstáculo fundamental para resolver la crisis de sobreacumulación de capital que tiene como epicentro el Norte Global y donde se exagera como respuesta la financiarización (Merino, 2016; 2018; 2020). Por ello, para Yongquan Li (2018), la Gran Asociación Euroasiática de Rusia y la Franja y la Ruta de China son

iniciativas prometedoras para la cooperación internacional que brindan una respuesta adecuada al cambiante entorno económico internacional.

En este escenario, China buscó enfrentar los desafíos planteados mediante un conjunto de respuestas con centro en Eurasia pero de escala global, que también está en relación a modificaciones en su propio modelo de desarrollo. Por un lado, en la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés) en noviembre de 2014, Pekín además de sellar un conjunto de acuerdos políticos, comerciales y militares con distintos países, logró el apoyo de las 21 economías que significan más de la mitad del comercio mundial a una “hoja de ruta” para crear una zona de libre comercio en la región Asia Pacífico (la mayor área de libre comercio del mundo) y con Pekín como centro. Esta propuesta de una Asociación Económica Integral Regional o RCEP en inglés, suma el 31% de las exportaciones mundiales, 3,5 mil millones de personas y el 39% del PIB mundial, finalmente se firmó en 2020 y constituyó una muestra más de cómo la pandemia aceleró las tendencias estructurales de la actual transición histórico-espacial, entre ellas el ascenso relativo de China y Asia Pacífico y el declive relativo de Estados Unidos y Occidente. La otra propuesta estratégica que impulsó China para la región es el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), eclipsando las instituciones financieras internacional bajo control de Washington y Occidente, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo. Dentro de la organización, las cuotas de voto dependen del tamaño de la economía de cada país miembro en términos de PIB (PPA) y si son o no Estados asiáticos.

Por otro lado, como se analiza en Merino y Trivi (2019), el BRI impulsado por Xi Jinping a partir de 2013 (involucrando a más de 69 países, en su mayoría en desarrollo y gran parte de los cuales se encuentran en Eurasia), constituye una propuesta clave en el fortalecimiento de la perspectiva de integración continental y global. En los países involucrados habitan 4.400 millones de habitantes (63 por

ciento de la población mundial), se encuentran 75% de las reservas energéticas conocidas del mundo y se produce 55% del PIB mundial (PPA). Además, el gobierno de China tiene previsto invertir en la BRI la impresionante cifra de 1,4 billones de dólares y ya está contemplado un presupuesto de 890.000 millones de dólares, procedentes del Fondo de la Ruta de la Seda, del Nuevo Banco de Desarrollo y del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructuras. Pero más allá de estas cifras conocidas, lo que debemos resaltar, entre otras cuestiones, es que los seis corredores desarticulan puntos clave que pueden significar estrangulamientos al desarrollo de China y favorecen la influencia estadounidense y la estrategia de rodear-contener a China y al eje continental con Moscú (hasta Berlín-París).

Si observamos en el mapa en donde se trazan los corredores y la ruta marítima, podemos ver que el corredor a través de Myanmar proporciona una ruta hacia el mar que elimina el punto de congestión del estrecho de Malaca en Singapur y Malasia. Este une el Mar de Andamán del Océano Índico con el mar de China Meridional, que constituye una de las rutas marítimas más importantes del mundo y que Estados Unidos con su poderío naval podría obstaculizar en un escenario de agudización del enfrentamiento. Por otro lado, el corredor junto a un nuevo puerto de Gwadar en Pakistán proporciona acceso directo al Océano Índico occidental y a la salida del Golfo Pérsico en el Estrecho de Ormuz, desde donde sale el 40% del petróleo comercializado en el mundo, gran parte del cual se dirige hacia China. De igual forma, tanto el corredor China-Mongolia-Rusia como el corredor Nuevo Puente Terrestre de Asia permiten una conexión directa con Europa, una salida al Mediterráneo y una integración Euroasiática continental, reconstruyendo la vieja ruta de la seda y actuando como fuerza centrípeta central. Ello rompe el eje-tapón que separa territorialmente Asia-Pacífico y Europa. Además, el importante protagonismo de Rusia permite aminorar sus posibles recelos geopolíticos con la iniciativa. Por otra parte, el corredor indochino aseguraría eliminar las amenazas en el sureste asiático continental.

Por otro lado, el BRI se extiende a Europa al compás de la presencia China en esa región –en 2020 se convirtió en el principal socio comercial de la Unión Europea (UE) desplazando a Estados Unidos y a fines de año firmó con la UE un primer Acuerdo Integral de Inversiones– lo que está generando profundos lazos a la vez que se agudizan ciertas contradicciones y temores en Bruselas. En este sentido, según Staiano y Bogado Bordazar (2019), la BRI en Europa ha generado una dinámica que está sacudiendo a la UE de dos maneras: por un lado, pone en tela de juicio la brecha económica entre Europa del Este y Europa Occidental; por otro lado, requiere una conectividad que incluya Estados pertenecientes a la UE y países extra-UE. Esto está llevando a una promoción progresiva del desarrollo de la integración europea. Un elemento clave es el avance de China en el esquema 16 + 1 para profundizar lazos con 16 países del este europeo, en algunos de los cuales ya cuenta con importantes inversiones, de los cuales 11 son miembros de la UE (Bulgaria, Croacia, República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania, Eslovaquia y Eslovenia) y cinco son candidatos para ingresar a la UE (Albania, Bosnia y Herzegovina, Montenegro, Serbia y Macedonia). El avance de la relación entre China y Europa exacerba los dilemas estratégicos de la UE que, por un lado, declara rival sistémico a Pekín en sintonía con Washington y la pertenencia a la OTAN, pero por otro lado avanza con China en importantes acuerdos y en el incremento de los lazos económicos, a la vez que se siente atraída por la perspectiva de integración Euroasiática.

EL BRI resulta además una herramienta central para China en su política internacional. En mayo de 2017, el presidente Xi Jinping organizó el primer Foro de la Franja y la Ruta (BARF) en Pekín que incluyó a 29 Jefes de Estado y delegaciones de 130 países y 70 organizaciones internacionales. Esta demostración de fortaleza política de la iniciativa le permite a Pekín instalar algunos de los principios fundamentales que promueve en su visión del orden internacional y que contrastan con las prácticas imperialistas de los actores dominantes del viejo orden en crisis: respeto mutuo por la soberanía e integridad territorial,

no agresión, no interferencia en los asuntos internos de otros, igualdad entre naciones y beneficio mutuo y coexistencia pacífica.

Con el BRI avanzando aceleradamente desde su lanzamiento y con el fracaso relativo de las iniciativas propuestas por Estados Unidos y aliados, resultan muy pertinentes las palabras de Mackinder pronunciadas hace un siglo:

Hace una generación, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado “corazón continental” de Eurasia (...) ¿no se hace evidente una cierta persistencia de la relación geográfica? ¿No es la “región pivote” de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles? (2010 [1904], pp. 315-316).

ASOCIACIÓN EUROASIÁTICA INTEGRAL

La primera señal de la voluntad compartida de Rusia y China de trabajar mano a mano en la construcción de un proyecto euroasiático se produjo durante la cumbre Putin-Xi en Moscú en mayo de 2015. Los dos líderes firmaron una declaración conjunta sobre cooperación en la coordinación del desarrollo del proyecto de la Unión Económica Euroasiática (UEEA) y el proyecto BRI, a partir de lo cual se comprometieron a fortalecer la integración económica regional y a salvaguardar la paz y la estabilidad en la masa continental euroasiática (Rolland, 2019, p. 10). Este acuerdo se produce en plena agudización de las tensiones globales, en donde tanto Rusia como China aceleran también la construcción de un bloque propio más allá de sus fronteras desde el cual fortalecerse frente a EE.UU. y aliados, y sus políticas de sanciones, contención, fragmentación y debilitamiento. En este sentido, además de establecer una proyección continental conjunta y acelerar acuerdos

de todo tipo, Moscú apareció en dicha reunión apoyando y sumándose al BRI mientras Pekín apareció apoyando el proyecto de UEEA, establecida en enero de 2015 por Rusia junto a Kazajistán y Bielorrusia, a la cual luego se sumaron Kirguistán y Armenia.³

La UEEA en articulación con el BRI implica todo un avance de las reformulaciones de eurasionismo ruso y en especial de la “Doctrina Primakov” de orientación hacia el frente euroasiático, plasmado en una nueva institucionalidad que supere a la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Dicha doctrina, que toma su nombre de quien fuera ministro de relaciones exteriores y primer ministro ruso a fines de los años noventa (Yevgeni Primakov), tiene como fundamento la necesidad de rescatar el papel de Rusia como la gran potencia euroasiática, no ya como la superpotencia que fue en los tiempos de la Guerra Fría. Esto implica conformar una alianza, que apueste por generar un balance multipolar de poder a nivel mundial, con Irán, China y la India. La participación rusa en la iniciativa BRI consolidaría esta visión al nivel de la creación de la infraestructura necesaria para la integración económica de un bloque continentalista, que indirectamente le quite relevancia a la estrategia “belicista” y desintegradora de Occidente (Gorbaneff, 2015).

En Asia Central, los analistas chinos reconocen que la influencia general de Rusia todavía está “muy por delante de China” (Rolland, 2017). La presencia militar de Rusia puede proporcionar un paraguas de seguridad y ayudar a reducir los riesgos que enfrenta la BRI en Eurasia. De esta forma, analistas de occidente observan en un tono de preocupación que, a pesar de sus diferencias históricas, Pekín y Moscú están estableciendo un condominio chino-ruso sobre una Eurasia económicamente próspera y políticamente estable, que los estrategias chi-

3 Con Rusia como socio principal, el bloque posee una quinta parte de los recursos mundiales de gas y el 15% del petróleo, cuenta con una inmensa superficie de 20.286.152 km², tiene 182,2 millones de habitantes y posee un PIB de 4.7 billones de dólares (Merino y Trivi, 2019).

nos ven como el punto de partida para dar forma al futuro orden mundial. “Muchos expertos chinos establecen una conexión directa entre adquirir una posición dominante sobre Eurasia y la remodelación del orden mundial, una visión que emana directamente de los trabajos de Mackinder y Spykman sobre geopolítica” (Rolland, 2017, p. 17).

Una declaración conjunta entre China y Rusia al respecto resulta bastante clara, ligando la camaradería entre ambos países a la lucha conjunta en la Segunda Guerra Mundial –todo un mensaje en plena guerra mundial híbrida y fragmentada, cuando la crisis de hegemonía está deviniendo en “caos sistémico”–, y deja entrever el alcance de la cooperación que parece ya tener un estatus de alianza:

Al entrar en una nueva era, las actuales relaciones Rusia-China de asociación integral y cooperación estratégica tienen una característica poderosa y positiva de verdadera camaradería desarrollada en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial. Es un deber sagrado de toda la humanidad preservar la verdad histórica sobre esa guerra. Rusia y China contrarrestarán conjuntamente todos los intentos de falsificar la historia, glorificar a los nazis, los militaristas y sus cómplices y empañar a los vencedores. Nuestros países no permitirán que nadie revise los resultados de la Segunda Guerra Mundial, que están fijados en la Carta de la ONU y otros documentos internacionales (Declaración conjunta China-Rusia 11/9/2020).

Más claro resulta aún el documento cuando explicita directamente la cooperación entre ambos países en aquellos territorios en disputa, en donde se evidencian las tensiones y los conflictos con Estados Unidos y el Reino Unido:

Las partes valoran muy positivamente la cooperación en cuestiones regionales de actualidad, incluidas las relacionadas con Irán, Afganistán, Siria y la península de Corea. Destacan que el diálogo es la única forma eficaz de resolver los problemas y están dispuestos a seguir participando, sobre la base del consenso, en las consultas y plataformas de diálogo multilaterales y a facilitar la solución de los problemas por la vía política y diplomática (Declaración Conjunta China-Rusia 11/9/2020).

Por último, en la declaración conjunta de la cumbre de septiembre de 2020, ambas potencias fortalecen la voluntad de avanzar hacia una Gran Asociación Euroasiática, a partir de la articulación entre UEEA y BRI:

Rusia y China continuarán su alineación de planes para el desarrollo de la Unión Económica Euroasiática y la implementación de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, contribuyendo al fortalecimiento de la conectividad regional y el desarrollo económico en Eurasia. Las partes reafirman su compromiso con la promoción paralela y coordinada de la Gran Asociación Euroasiática y la BRI (Declaración Conjunta China-Rusia 11/9/2020).

CONCLUSIONES

Desde una perspectiva crítica y bajo una mirada que analice la dimensión geopolítica y geoestratégica en relación al sistema capitalista mundial, las relaciones de dependencia, la dinámica centro-periferia, los conflictos de clase e identitarios, etc., algunos de los elementos interpretativos fundamentales de la geografía política sobre la cuestión euroasiática son fundamentales para entender el mapa del poder mundial actual y sus dinámicas. En la medida en que crezca la cooperación y la integración en dicha gran masa continental, impulsada por las fuerzas re-emergentes y los proyectos políticos-estratégicos que buscan democratizar el poder y la riqueza mundial, se profundizará el declive relativo del polo de poder dominante (pero no ya hegemónico) y se acelerará el proceso de multipolarización relativa.

El ascenso de China está directamente articulado con el avance de fuerzas centrípetas autónomas en Eurasia que contrarrestan las fuerzas centrífugas, produciendo un proceso de integración que se cristaliza en numerosas instituciones e iniciativas como BRI, BAI, UEEA, OCS, RCEP y la Gran Asociación Euroasiática. Allí se expresan no sólo pujas interestatales sino la contradicción entre las fuerzas unipolares que defienden el viejo orden mundial (a una versión renovada que man-

tenga las viejas jerarquías en un capitalismo global rediseñado) y las fuerzas multipolares que buscan construir otro orden.

Así como el acercamiento China-Estados Unidos fue clave en los años setenta del siglo pasado para modificar estructuralmente el mapa del poder mundial, el acercamiento entre China y Rusia que se inicia a mediados de los años noventa del siglo pasado y comienza a institucionalizarse en 2001, fortaleciéndose año tras año, resulta crucial para entender la actual transición geopolítica y la dinámica de poder en Eurasia. El lanzamiento de la Gran Asociación Euroasiática es un paso más en este sentido y establece que la relación Pekín-Moscú ya se encuentra en un nivel de alianza, más allá de contradicciones secundarias.

En algún sentido, parece que un siglo después las palabras de Mackinder son cada vez más ciertas y la era post-colombina o post-occidental es una realidad. Dicho proceso tiene en Eurasia su eje clave. Una mirada a largo plazo nos permitiría observar que este desarrollo comienza en la transición histórico-espacial anterior (1914-1953), con la revolución Rusa (1917) y la construcción de la URSS, el ascenso de Japón (a pesar de que luego saliera derrotado en la Segunda Guerra Mundial), la revolución nacional y social de China (1949), la liberación nacional de la India (1947), la descolonización de Asia, etc. Pero es a comienzos del siglo XXI donde se dibujan los contornos más claros de la crisis del sistema mundo moderno capitalista con centro en Occidente, y del despertar euroasiático con diferentes tendencias civilizatorias, articulado (no sin contradicciones, avances y retrocesos) con un despertar del Sur Global.

En plena transición histórica-espacial, en una profunda crisis del orden mundial y de la hegemonía estadounidense deviniendo hacia el “caos sistémico”, Eurasia vuelve a estar en el centro de la escena, con China como protagonista. Sin embargo, el avance de las fuerzas centrípetas autónomas en Eurasia y su proceso de integración no es un

escenario definitivo sino la tendencia dominante en la actualidad. El resultado definitivo se resolverá en las próximas tres décadas, cuando se cumplan 100 años de la revolución nacional y social china.

REFERENCIAS

- Aris, S. (2013). Shanghái Cooperation Organization. Mapping Multilateralism in Transition, *International Peace Institute*, December 2013. Disponible en: https://www.ipinst.org/wp-content/uploads/publications/ipi_e_pub_Shanghái_cooperation.pdf
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Duguin, A. (1997). *Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia*. Moscú: Arktogeja.
- Gorbaneff, Y. (2015). La integración euroasiática como proyecto nacional para Rusia. *Revista Análisis Internacional*, vol. 6, nº. 2, pp. 263-273.
- Haushofer, K. (1986). *De la géopolitique*. París: Fayard (Prefacio de J. Klein e Introducción de H.-A. Jacobsen).
- Joint statement by the foreign ministers of the Russian Federation and the People's Republic of China, Moscow, September 11, 2020. Disponible en: https://www.mid.ru/en/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/4335948
- Mackinder, H. (2010 [1904]). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)* vol. 1, nº 2, pp. 301-319.
- Merino, G. (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas de América Latina. *Geopolítica(s)*, vol. 2, nº. 7, Universidad Complutense de Madrid, pp. 201-225.
- _____. (2018). Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. *Realidad Económica*, N° 313, IADE, pp. 9-40.
- _____. (2020). El ascenso de China y las disputas estratégicas en los grupos dominantes de los Estados Unidos. *Brazilian Journal of Latin American Studies - Cadernos Prolam/USP*, vol. 19, nº. 37, pp. 44-77, out. 2020.

- Merino, G. y Trivi, N. (2019). La Nueva Ruta de la Seda y la disputa por el poder mundial. EN: L. Bogado, M. Caubet, y F. Staiano (Eds.). *China: una nueva estrategia geopolítica y global. La iniciativa de la franja y la ruta*. La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales y Centro de Estudios Chinos de la UNLP. pp. 96-111.
- Pizzolo, P. (2019). Eurasianism: an ideology for a multipolar world [*Ph.D. Programme in Political Theory, Political Science and Political History XXXI cycle*] *Libera Università Internazionale Degli Studi Sociali*.
- Rolland, N. (2017). *China's Eurasian Century? Political and strategic implications of the belt and road initiative*. Washington, DC: The National Bureau of Asian Research.
- Sánchez Ramírez, P. (2016). La nueva estrategia geopolítica global de Rusia y la reorientación de su política exterior hacia la región de Asia durante los años 2014 y 2015. *CONfines*, año 12, n.º 22, pp. 101-121.
- Staiano, M. F. y Bogado Bordazar, L. (2019). La iniciativa la Franja y la Ruta: innovación propulsora de los procesos de integración regional a nivel global. Los casos de Europa y América Latina. EN: L. Bogado, M. Caubet, y F. Staiano (Eds.). *China: una nueva estrategia geopolítica y global. La iniciativa de la franja y la ruta*. La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales y Centro de Estudios Chinos de la UNLP.
- The Economist (2014). Pax Sinica. China is trying to build a new world order, starting in Asia. 20 de septiembre de 2014. Disponible en : <https://www.economist.com/asia/2014/09/20/pax-sinica>
- Wang, J. (2012). Going West', the rebalancing of China's geostrategy. *Global Times*. Disponible en: <https://opinion.huanqiu.com/article/9CaKrnJxoLS>
- Zheng, Y. (2020). "Rediscovering continentalism: the new geographic foundations of Chinese power", *International Politics*, 58, pp. 188-222. Disponible en: <https://doi.org/10.1057/s41311-019-00206-7>
- Yongquan, L. (2018). The greater Eurasian partnership and the Belt and Road Initiative: Can the two be linked? *Journal of Eurasian Studies* N° 9, pp. 94-99.
- Zhao, H. (2018). Greater Eurasian Partnership: China's Perspective", *China International Studies*. 20 Jan 2018. Disponible en: <https://www.pressreader.com/china/china-international-studies-english/20180120/281500751662681>